

MIGUEL DELIBES.—**LA HOJA ROJA**.—Barcelona, Destino, 1959.

Aquí mismo se trató del *Diario de un cazador*, obra de Delibes distinguida con el premio nacional de literatura en 1955, y sin duda una de las novelas más importantes de nuestra literatura después de la guerra. Con ella Delibes se situó en un primer plano incontrovertible, al que se había ido acercando con sus creaciones precedentes. Sin intenciones comprometidas, sin rebuscamientos de laboratorio espectacular y abstruso, consiguió reflejar —y qué poderosamente— una vida humana, española, con todas las difíciles circunstancias de la hora presente. Huyendo de técnicas de introspección lírica y subconsciente, plasmó sin embargo un trozo palpitante de vida y de poesía. Poesía de la realidad desnuda, sencilla. Posteriormente, publicó D. unas narraciones breves, *Siestas con viento sur*, arrancadas en parte de la misma veta que *El camino*, que fueron galardonadas con el premio Fastenrath, y una novela, *Diario de un emigrante*, que retomaba el jugoso personaje del otro *Diario*. Esta segunda salida no desmerece en absoluto de la primera; pues, si bien los personajes, en parte, y la estructura son idénticos en ambas obras, ni las situaciones se repi-

ten ni el autor da vueltas a la misma noria; hay otros problemas y otras vivencias, y aunque Lorenzo nos habla en una y otra, son dos novelas independientes.

Ahora comentaremos su última producción, *La hoja roja*. Diremos que no se trata de uno de esos aciertos contundentes como los *Diarios*, ya que tampoco ha de exigirse a un escritor que en cada nueva obra se sobrepase a sí mismo. Pero, eliminando el purito de juzgar por comparación, debemos reconocer que *La hoja roja* es una excelente novela: bien contada —como sabe hacerlo D.—, bien organizada (sin faltas ni sobras), bien escrita y manteniendo siempre —sin recursos complejos ni traídos por los cabellos— el interés y la simpatía del lector por el relato y por las figuras que por las páginas transitan. Alguno achacará a D. el persistir aquí en el enfoque de tipos humanos y ambientes de corte adocenado y moliente. Que nos digan qué autor no es monacorde si tiene personalidad bien definida (don Miguel de Unamuno se pasó la vida machacando en los mismos clavos, y no obstante de ellos salieron chispas que todavía alumbran). Así, en *La hoja roja*, nos movemos en un

de una vieja maestra, Doña Herminia, y terminada con las memorias de un perro perdiguero, Niky. De una a otro el lector resbala con suavidad, engolosinado con las bellezas expresivas y las cargas pasionales que encuentra en todas sus páginas. A veces una gota de acíbar, cautamente dosificada, le sale al paso encubierta bajo los títulos de "La bisonte" o "Ensayo general". Son dos cuentos apretados de intención, con amargo regusto de vida áspera y aciaga. En "El pañuelo del mundo" encontramos un remoto parecido con algunas de las situaciones de "Belarmino y Apolonio", la gran novela de Pérez de Ayala, y "Profesor de idiomas" nos ofrece una nueva versión del clásico "sablazo", llena de gracia y comprensión para el caído.

Renunciamos a enumerar, en rosario de elogios, los veinticuatro relatos recogidos en "Hermano ladrón", rehuendo así la obligada repetición de adjetivos. Los veinticuatro —ya lo hemos dicho más arriba— se mantienen en un tono uniforme de bondad literaria y de intensidad poética. Algunos podrían calificarse de historias poemáticas. La anécdota es en casi todas leve. Un simple episodio que al desvelar una situa-

ción determinada define el rumbo vital de unas cuantas personas situadas en un ámbito presentido con acentos verdaderos. Cruset ha sabido introducir en su libro, sobre un amable claroscuro de contrastes psíquicos, el clima exacto de una realidad concreta. Sus personajes, someramente esbozados, exhiben ante el lector el apasionado y cálido torrente de sus arterias.

El libro, desde la primera a la última página, aparece escrito con garbo y con vigor. Es ágil y pintoresco a la vez. Su prosa discurre tersa, clara, armoniosa, matizada de color, expresiva en ocasiones, y siempre ceñida al asunto. A veces logra hallazgos lingüísticos de gran belleza, demorándose en imágenes plásticas, en alardes estilísticos de buena ley. El escritor proclama a los cuatro vientos, a través de "Hermano ladrón", su condición de excelente poeta.

Nos encontramos en resumen, ante un libro admirablemente escrito, agridulce, y repleto de humanidad, que se lee con agrado. Un libro que sitúa a su autor entre los mejores cuentistas de la literatura española contemporánea.

J. V. P.

ambiente conocido, gris, rutinario. Esta vez, la mirada de D. se ha detenido en uno de esos dramas vulgares, escondidos, humildes, de nudo y desenlace moroso y consabido, pero no por ello menos intensos, menos humanos, que se fraguan sin cesar en nuestro entorno. Se trata del drama de la soledad. Y en el fondo la angustia de la vida, sólo perceptible cuando a los tabiques del futuro los ha ido derribando el avance sin prisa del presente, y quedan ya pocos para el muro final y blanqueado. En esta situación, es el viejo don Eloy el que agoniza. ¿Agoniza?, más bien es objeto, que no sujeto de agonía. Han jubilado a este probo funcionario municipal, le han separado de la máquina burocrática que justificaba su existencia; arrumbado en la trastera de las clases pasivas, se ve inútil, descubre el vacío, el frío: la hoja roja le anuncia que su librito de papel de fumar va a acabar, que su vida ya no es más consistente que unas leves y escasas hojillas. Pieza desplazada, ¿dónde engranarse para dar sentido a sus movimientos? En una inmensidad glacial e indiferente, ¿dónde cobijarse, dónde una lumbre cálida? He aquí que nunca falta un rayito de sol, que (como en otras obras de D.) "aún es de día",

aún hay camino, aun queda esperanza. En contrapunto y contraste ahí tenemos a la Desi. Es una rústica doméstica, elemental, ínfima, fiel como un perro al "señorito". D. ha sabido ahondar en tal simple carácter con la ternura y simpatía que Flaubert aplicó a su Félicité. La vida ha hecho pedernal de la dermis de su espíritu: reducida a la soledad, hechos humo sus sueños —simples, concretos, materiales— por la peripecia sangrienta del Picaza —su novio—, transcurre Desi paralela a don Eloy. Por raicillas profundas un ténue calor —pero el único— va a unir estos dos seres: "Hija, ¿por qué no hemos de compartir lo poco que yo tengo?" Este proceso en el ánimo de don Eloy, desde el banquete de jubilación —para él entrañable y lleno de sentido, cuanto formulario o de divertimento para los otros asistentes— hasta la escena final, está llevado magistralmente. La vida rasa y las preocupaciones primarias de la fauna de recluta y doméstica bullen con toda su fuerza elemental y su triste monotonía: el patio de luces y el paseo disantero se animan con espontáneo, fresco parloteo. Se logra así plasmar un cuadro en que ternura y brutalidad, caridad y crueldad, alegría y desesperación se funden, cambian, se alternan:

reflejo exacto de ese nivel anímico en que los sentimientos, aunque intensos, están poco diferenciados, y apenas polarizados. Todo ello bajo la luz compasiva con que el autor los ilumina.

Adecuado siempre a lo narrado, el estilo de D. se despliega aquí hábilmente. Su palabra fluye sobria y exacta en la narración propiamente dicha, da luces y sombras en las descripciones, surge espontánea, aguda y viva en los diálogos, se entorpece adrede y se reitera en los pasajes de enunciación "indirecta libre". (Só-

lo señalaríamos en contra un uso, algo arcaizante o regional —y más frecuente en otros escritores—, que nos molesta y nos resulta acartonado: el empleo de *amara* con valor de "había amado"; y además una pequeñez terminológica y anatómica: las cuerdas son vocales y no bucales; y que el autor perdone esta pedantesca minucia).

En fin, una novela importante en la obra ya bien nutrida de uno de nuestros mejores novelistas de la hora presente.

E. A. Ll.

AUTORES Y OBRAS RESEÑADAS:

Jorge Guillén: *Maremágnum*.

Blas de Otero: *Ancia*.

José Hierro: *Cuanto sé de mí*.

Javier de Bengoechea: *Fiesta Nacional*.

José Gerardo Manrique de Lara: *Retablo*.

Agora.

José Manuel Caballero Bonald: *Las horas muertas*.

Vicente Gaos: *Poesías completas*.

José García Nieto: *El Parque Pequeño y Elegía en Covaleda*.

Medardo Fraile: *A la luz cambian las cosas*.

Ramón E. de Goicoechea: *Memorias sin corazón*.

José Jurado Morales: *La hora de anclar*.

José Cruset: *Hermano Ladrón*.

Miguel Delibes: *La hoja roja*.

